

LA EXCRITURA ONTOLÓGICA-SOCIAL DEL CUERPO EN LA OBRA DE JEAN-LUC NANCY

*The ontological-social exwriting of the body
in the work of Jean-Luc Nancy*

Oscar Barrera Sánchez

Oscar Barrera Sánchez

Hizo sus estudios de licenciatura y maestría en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y, actualmente, es candidato a doctor en Ciencias Sociales y Políticas por la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Es profesor del Colegio de Saberes, coordinador de los Exámenes de la Calidad y el Logro Educativos de Ciencias Sociales del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación y miembro del Consejo Consultivo Interinstitucional de Formación Cívica y Ética en la Secretaría de Educación Pública. Es autor del artículo "La evaluación de la Educación Cívica y Ética en México. Un recorrido por 3° de primaria y 3° de secundaria" publicado en la Revista Iberoamericana de Evaluación Educativa y la Universidad de Nuevo León publicará el artículo "Disciplina y violencia en las escuelas de educación secundaria en México" en el segundo tomo del libro *La violencia en México*. Sus temas de interés son la muerte, el poder y la subjetividad.

E-mail: oscarbs78@yahoo.com.mx

Resumen

El presente artículo analiza el concepto de *excritura* de Jean-Luc Nancy. Según este autor no se puede construir una nueva ontología si no se cuenta con un lenguaje y una escritura que conviertan al cuerpo en significante. Jean-Luc Nancy busca que el cuerpo se exprese a través de la *excritura* y rompa con la Metafísica de hacer del cuerpo un signo construido socialmente a través de su escritura y sus discursos.

Palabras clave: cuerpo, ontología, existencia, excricción.

Abstract:

This article analyzes the concept of *exwriting* created by Jean-Luc Nancy. According to this author, a new ontology can not be constructed without language and writing that convert the body into a *signifier*. Jean-Luc Nancy searches that the body expresses itself through the *exwriting* and that it breaks with the metaphysic's idea of its role as a sign socially constructed through its writing and speeches.

Key words: body, ontology, existence, exwriting.

El cuerpo como ser y el ser como cuerpo

Si el hombre está hecho a imagen de Dios, entonces Dios tiene cuerpo. Quizá sea, incluso, un cuerpo, o el cuerpo eminente entre todos. El cuerpo del pensamiento de los cuerpos.

Jean Luc Nancy. *Indicio 25*.

Antes que nada, la filosofía de Jean-Luc Nancy debe ser entendida como filosofía *reconstruccionista*, es decir, como el momento posterior a la deconstrucción obligatoria que en la modernidad se realiza como un “esfuerzo de sistematización o por lo menos de interrogarla [a la modernidad] tanto sobre la jerarquía interior de sus conceptos, como sobre sus nexos con la cultura y sobre la filosofía de esa época” (Vattimo, 1989: 5) para proveer la posibilidad de recepción sobre la base de la necesidad de comprender el pensamiento posterior, que se desarrolla con intentos reconstructivos.

De esta forma, se puede afirmar que la *reconstrucción* significa transformación del mismo papel del pensamiento y de su relación con el ser. De esta forma, fijar el pensamiento occidental después de la segmentación operada por el *deconstruccionismo* significa empezar nuevamente de cero, es decir, concebir una nueva ontología, tal como propone y hace Nancy.

En otras palabras, es aquel pensamiento que después de la experiencia de crítica negativa del siglo XX, torna con confianza a la recuperación de un sentido y a la búsqueda de algo nuevo que pueda sostener a la humanidad después del *shock* de los hechos históricos de la primera mitad del siglo y que establece la urgencia de asumir la responsabilidad de dotar de respuestas y no sólo de formular preguntas de vanguardia.

La experiencia deconstruccionista puede examinarse, entonces, como un tránsito necesario de la historia del pensamiento después de la muerte de Dios, para depurar y purgar el pensamiento occidental de lo que ha llevado a los horrores del siglo pasado. La nueva ontología con su reciprocidad entre ser y esencia es decir, con la instauración de la muerte de la esencia, el descubrimiento de la no-esencia, o de la esencia como existencia, llevará a cambiar los términos de la relación de lo que, hasta ahora, ha estado relacionado a la una y a la otra, y a apuntar la atención sobre la correspondencia en

cuanto categoría ontológica. Intentar observar diferentemente la relación entre ser y esencia de forma que veremos subyugarse a la relación entre ser y existencia, comporta también una nueva visión de la relación entre ser y cuerpo.

El apuro y la contrariedad de superar la Metafísica admite importantes barreras lingüísticas. Frente a lo nuevo, la lengua se muestra insuficiente: escasez de palabras para expresar los noveles conceptos y apuro de crear un nuevo vocabulario. Nancy intenta dar una conclusión a lo que empezó Heidegger y prosiguieron Derrida, Deleuze y Lacan: busca otorgar un nuevo lenguaje a la nueva ontología empezando por la crítica de la representación. Afirma Gianni Vattimo, en su ensayo *Derrida, El otro pensamiento de la Metafísica*:

En asumir casi como descontado el papel del pensamiento de superar la Metafísica, Derrida comparte y refleja una actitud difundida en la cultura, no sólo francesa, de los años sesenta, ya directamente o indirectamente inspirada en Heidegger. Como ya en el caso de Heidegger, también en Derrida sería difícil individuar una específica razón teórica para proponerse una tarea similar: así como es imposible que Heidegger quiera superar la Metafísica en cuanto pensamiento que representa falsamente el ser como ente y al cual, entonces, debemos sustituir una representación más correcta (puesto que es en la misma idea de una representación correcta en que reside el "error" de la Metafísica), así sería desviante imaginar que el programa deconstructivo derridiano, (...) se legitime como una búsqueda de un pensamiento más fiel a las cosas como son, mas allá de la 'cancelación de la huella' en la cual la Metafísica consiste (...); el programa de superar la Metafísica tiene un origen necesariamente impuro (Vattimo, 1989: 8-9).

La crítica del lenguaje y de la escritura como *metáforas* por parte del deconstruccionismo lleva a una paradoja, ya que la escritura y el lenguaje han emergido como metáforas. Aquí radica la dificultad del deconstruccionismo y de Nancy, que indaga continuamente la forma y la palabra más apropiadas para aprovechar lo que de nuevo hay que empezar a decir o cuánto de lo viejo hay que reorganizar. Nancy va en busca de concreción, de grosor, de materialidad, erigiendo una órbita discursiva vertiginosa. La contrariedad de la lectura depende de lo que él quiere decirnos: por ejemplo, afirma junto con Heidegger que "la esencia coincide con la existencia" (Nancy, 2007b: 89; Heidegger: 2005: 227) pero este razonamiento favorece el cambio de sentido de todo lo que hasta hoy se había deliberado bajo la luz de la Metafísica, y empuja a concebir un lenguaje que pueda hablar de acuerdo con este nuevo sentido. Por esto, Nancy vuelve sobre las grandes palabras de la tradición Metafísica, como ser, libertad o cuerpo, consciente, como afirma Roberto Esposito en la introducción a *La*

experiencia de la libertad, que “el viejo régimen de sentido ahora ya acabado sigue proyectando más allá de sí mismo propios rayos léxicos”.

La acción deconstruccionista y reconstruccionista de Nancy se comprende bien por medio de las principios de *retiro* y *vuelta* subrayadas por Esposito en un fragmento a propósito de la vertiente política de su filosofía, en el ensayo intitulado *Libertad en común*, introducción a *La experiencia de la libertad* (1996). Escribe Esposito: “de un retiro desde cualquier fundamento trascendente o trascendental y en aquella de vuelta, de inscripción de una nueva huella en el tradicional lenguaje político [...]” (Esposito en Nancy, 1996: 7). Se presenta por lo tanto:

La necesidad de sortear el significado positivo de los términos en favor de la búsqueda de ese fondo antinómico que aprieta a sus espaldas y que, aunque abandonado a favor de una formulación mas unívoca, constituye siempre la originaria fuente de sentido. Porque sólo reconociendo el movimiento contradictorio que desde el principio los habita e interrumpiendo la pretensión de identidad consigo mismo, es posible rescatar los términos de la política de la aporía inconsciente que los empuja a volcarse en su opuesto [...] (Nancy, 1996: 12).

Entonces, esto es un retiro de conceptos para reinscribirlos; una definición en negativo, o sea, un decir lo que algo no es, para permitir espacio libre a un *otro* significado. Este modelo de proceder del razonamiento es el particular análisis que Nancy pone de relieve en el papel de Kant en la filosofía occidental:

Ahora ¿qué tiene que ver todo esto con Kant? Y bien, la tesis de Nancy ya anticipada en un serie de trabajos precedentes, es que él ha sido el que más que cualquier otro filósofo ha advertido y registrado en sus textos esta tensión que desgarrar los conceptos, exponiéndolos a una especie de indecidibilidad, a partir de la cual estos se escurren continuamente – sobre el plano del sentido – al significado que tiende a imponerle una definición dada [...]. De esta manera la *Darstellung* kantiana se presenta como la huella misma de su propio límite. Descartándose continuamente respecto del significado que pretende vehicular, revela el carácter necesariamente finito de las propias definiciones [...]. Podríamos decir que el relieve de Kant en la historia de la filosofía consiste precisamente en el hecho de que él lleva cada concepto hasta el límite de su significación manifiesta, asomándolo contemporáneamente sobre el enigma de un diferente sentido (Nancy, 1996: 17).

Cavilamos, por ejemplo, en la definición de *imperativo categórico* que es, paradójicamente, adjudicada como responsable de la libertad: “la ley no prescribe a la libertad que de ser tal pura inicialidad”. El argumento de Kant se desarrolla hasta llegar a contener su opuesto, hasta la máxima antinomia: “la libertad es considerada como una especie particular de causalidad” (Nancy, 1996: 19) demostrable por medio de las leyes prácticas de la razón pura. La libertad es para Kant una necesidad.

Es justamente en el límite del razonamiento, por primera vez palpado por Kant, que Nancy individualiza un área franca, desde la cual es factible partir con un pensamiento original y libre de cualquier determinación. Este territorio vacío que se funda por medio de la excitación del pensamiento, da la posibilidad de un nuevo sentido, o mejor dicho, de múltiples sentidos, yacentes en la relación y ya no más en los singulares términos que ésta une.

El significado del pensamiento coetáneo es explorado en *Un pensamiento finito* (2002) en el que Nancy prueba la finitud de un pensamiento que ve al propio interior en lugar de a su exterior, pretendiendo tocar el propio corazón y el corazón de las cosas.

Hay un mostrarse que es inapropiable, o sea, no representable, no registrable en un sentido, en cuanto es un darse y al mismo tiempo un sustraerse, un velarse. Hay un darse que es, en cuanto tal, asentarse; pero como subraya Nancy, el cotejo que hay algo y no la nada no quiere recordar un *pathos* de la estupefacción delante del Ser, sino remandar, más bien, la necesidad de esta constatación. Palpar el corazón de piedra de las cosas es el encargo del pensamiento, y tocar el propio límite, la propia finitud y la finitud de la cosa en cuanto esencial multiplicidad, una reserva intensa del sentido o del ser.

Derrida, definió a Nancy como el más notable filósofo del contacto y del tocar: para tocar el corazón duro de las cosas, para no reabsorberlas en la asignación de significados, para no abonarlas en un paradigma proyectivo, es necesario que el enunciado vaya a escribirse en aquellas. Entra en movimiento la figura de la *excripción* (Nancy, 2002), nueva escritura. Un pensamiento finito no puede más que *excribirse*: escribirse fuera. El pensamiento se sobrepasa a sí mismo y pesa fuera de sí mismo en la tentativa de prender la cosa impenetrable: “la finitud del pensamiento determina su pesadez, su peso. El peso ante todo: el peso es la finitud misma, el peso de la cosa en cuanto excede al pensamiento, pesa a su exterior” (Nancy, 2002: 269).

Las cosas han sido dicotomías en la trayectoria de la historia de la filosofía, designadas de varias maneras: forma-contenido; categorías puras del intelecto-intuiciones puras de la sensibilidad; mente-cuerpo; significado-significante y, también, lenguaje hablado y escritura. La Metafísica es portadora de un *fono-logo-centrismo* por lo cual el lenguaje es ante todo palabra hablada, voz viva, representado por una tal presencia de sí mismo, capaz de sugerir el corazón de sí mismo, mientras que la

escritura aparece habitualmente concebida como artificio, mancillada al estatus de copia de copia o de medio para duplicar una presencia que, sin embargo, no se deja nunca tomar verdaderamente: la escritura en cuanto técnica de reproducción de la palabra hablada. Por consiguiente, advertimos cómo una de las primeras acciones de ruptura con la Metafísica fue el uso de la escritura como algo no sólo funcional de la palabra hablada, y el rechazo del privilegio dado al texto-libro como portador de sentido respecto a la frase singular. De allí la importancia atribuida a un signo que se refiere a sí mismo, porque halla en sí mismo todo a lo que remite sin mirar a un más allá trascendental. Se puede afirmar que el cierre de la Metafísica corresponde a la ilusión de la corporeidad del signo, o mejor dicho, que la voluntad de darle el tiro de gracia lleva a considerar el signo como cuerpo, como algo lleno y nunca una forma vacía apta para acoger un significado exterior.

La *excritura* viene a romper con la Metafísica y la representación del cuerpo como signo o signo corporal presentado de manera Metafísica. La escritura es el vehículo del cuerpo, es cada marca que se adquiere o provoca en el cuerpo y que hace precisamente eso, marcar, escribir, hablar de un momento, un instante que inevitablemente remite a un pasado vivo y fresco en la piel. Algunas marcas son pasajeras y como la memoria misma, efímeras; otras, se quedan y se enraízan en lo que nos hace tierra: el cuerpo, lugar de encuentro en el que se *excribe* y escribe la interioridad siendo con la exterioridad. La escritura sobre el cuerpo es la marca de la sociedad en el ser, mientras que la *excritura* es la voz viva del cuerpo manifestada a los demás como signo mismo de la existencia.

El lugar en el que se experimenta la vitalidad en un principio, no es el alma, ni los conceptos, ni las ideas, sino es en la piel, estancia de la vida. De la misma forma el devenir no se evidencia en una idea pensada, sino en una idea enunciada o vivida, en otras palabras, traída-ahí-delante. De esta manera el ser en tanto experiencia habla con y a través de la piel. El lugar en el que se experimenta la vitalidad, en un principio, no es el alma, ni los conceptos, ni las ideas, sino es en la piel, estancia de la vida. De la misma forma el devenir no se evidencia en una idea pensada, sino en una idea enunciada o vivida, en otras palabras, traída-ahí-delante.

La escritura del cuerpo la leen los otros y es a partir de ellos, allá, que se interpreta el aquí. La escritura es en sí cuerpo, que el cuerpo utiliza para tener

posibilidades de interpretación. La demostración de marcas corporales son ya una interpretación del cuerpo por el cuerpo.

La impenetrabilidad de la cosa es lo que importa sobre la razón y la convoca a ser tal. Entonces, la figura del peso del pensamiento es importante, y es equilibrada a la del corazón de las cosas y de su pulso sigiloso e inerte. Entonces, tendría que quedar clara la incumbencia entre el discurso sobre *La escritura y la diferencia* (Derrida, 1989), y *Corpus* (Nancy, 2003a), publicado en Francia por la primera vez en 1992, en cuyas páginas está reunida, de forma hipertextual, toda la filosofía del cuerpo de Jean Luc Nancy. El autor prueba abolir lo más posible la distancia entre la escritura y su sujeto, pretendiendo, al mismo tiempo, acuñar nuevas palabras para una nueva ontología: ontología corpórea. Ya el nombre revela el argumento de que trata, el cuerpo, y la forma con la cual es contado, un *corpus*: recaudación y repertorio de las manifestaciones del cuerpo, que despoja su imagen y su discurso a la organización orgánica de la cual ha sido materia desde siempre, instituyéndose así, al mismo tiempo, como crítica literaria. Esta forma de hacer hablar al cuerpo lo rapta del horizonte bio-teleológico del organismo para concederlo al horizonte del acontecimiento.

Corpus: un cuerpo es una colección de piezas, de pedazos, de miembros, de zonas, de estados, de funciones. Cabezas, manos y cartílagos, quemaduras suavidades, chorros, sueño, digestión, horripilación, excitación, respirar, digerir, reproducirse, recuperarse, saliva, sinovía, torsiones, calambres y lunares. Es una colección de colecciones, *corpus corporum*, cuya unidad sigue siendo una pregunta para ella misma (Nancy, 2007a: 23).

¿Que significa todo esto? Significa dejar de concebir un cuerpo organizado sobre la base de una finalidad separada, a favor de un cuerpo *postorgánico* o *inorgánico*, materia uniforme o cosa, ya no medio material que el ser humano ostenta para encaminarse a un fin trascendente, sino que sucede como evento determinado en sí mismo. El cuerpo es el pensamiento finito. Aquí se embute la frase perno de la filosofía del cuerpo de Nancy: “*no tenemos un cuerpo, sino que somos un cuerpo*” (Nancy, 2003a: 55).

O sea, no lo poseemos: lo somos, lo existimos, lo vivimos. Ser cuerpo... Se trata de un problema ontológico: cuerpo es equivalente de existencia, y si el ser es esencia y la esencia es existencia, entonces el cuerpo es el ser. He aquí una nueva ontología con la cual Nancy contradice el *Cogito ergo sum* cartesiano: el ser-esencia, está dentro, fuera, arriba y abajo, en todos lados, *hic et nunc*. Comprender de manera diferente la

consonancia entre ser, esencia y existencia admite una nueva visión de la relación entre ser y cuerpo y, entonces, del cuerpo humano sea como ente que funda el mundo junto con los demás entes, sea en cuanto carne, vida y/o existencia humana.

Desde el inicio se indica que *Corpus* vira alrededor del discurso de Derrida sobre la Diferencia: la diferencia entre el pensamiento y el cuerpo, entre la forma y el contenido, es una diferencia originaria que, en la imposibilidad de permeabilidad de una parte en la otra, establece la necesidad de una mediación por medio del lenguaje.

Corpus exhibe un concepto de cuerpo que se enfrenta a la idea de cuerpo receptáculo del alma -presente en nuestra cultura desde Sócrates en adelante- en una metáfora de la construcción orgánica del texto, porque Nancy no ambiciona escribir del o sobre el cuerpo, sino quiere *excribir* el cuerpo, restituirle justicia por medio de la escritura y presentar su esencia, esa de ser *lugar de existencia*, del cual el pensamiento forma parte. *Excribir* el cuerpo significa *tocarlo* con el pensamiento y respetarlo, para hacer de manera que se incida, se esculpa y se hable en el texto. Ésta es una verdadera experimentación de escritura, en la promesa de simultaneidad de forma y contenido, que hace del discurso del cuerpo una exposición paradójica, con el objeto de no ceñirlo en una definición unívoca y absoluta: “Hay, en conclusión, casi una promesa de *callar*. Y no tanto de callar a propósito del cuerpo, sino más bien de callar al cuerpo, sustrayéndolo materialmente a las improntas significantes, *aquí, directamente, en la página escrita y leída*” (Nancy, 2003a: 6).

Es un intento de comunicar el cuerpo sin significarlo, de plasmar el texto siguiendo las formas de la materia, de la carne, con la conciencia que es una intención fracasada desde el principio, porque nosotros conocemos sólo cuerpos significantes, y nunca cuerpos significado.

La *excripción* como escritura apropiada del cuerpo se ubica sobre el *límite* que aparta el pensamiento desde el cuerpo, del cual el lenguaje palpa su inexpresable alteridad. Más que en la escritura, en su frontera, en su punto extremo, en la extremidad de la escritura. Que se escriba no *del* cuerpo, sino el cuerpo mismo. No la corporeidad, sino el cuerpo. No los signos, las imágenes, las cifras del cuerpo, sino solamente el cuerpo. Eso fue, y sin duda ya no lo es, un programa de la modernidad.

La escritura tiene su lugar en el *límite* (...). A la escritura le corresponde sólo tocar al cuerpo con lo incorpóreo del sentido y de convertir, entonces, *lo incorpóreo en tocante y el sentido en un toque* (...). La escritura llega a los cuerpos según el límite absoluto

que separa el sentido de ella, de la piel y los nervios de ellos. Nada pasa, y es exactamente allí que se toca” (Nancy, 2003a: 13).

La *excripción* al límite es el lugar en el cual el físico toca el metafísico: la estética y la literatura. La *excripción* del cuerpo se coloca en el linde porque éste es aquel espacio neutral en la cual lo conocido confluye en lo otro respecto de sí, y en el cual, entonces, se despliega un abanico de prospectivas y la posibilidad de un nuevo sentido. La frontera es el único lugar desde el cual el lenguaje toca lo indescriptible, y desde el cual el pensamiento puede, efímeramente, tocar el cuerpo, dejándolo en lo que es, dejándolo alteridad, sin obligarlo a un concepto claro y distinto. El límite sucede en el único sentido que puede tener el pensamiento contemporáneo, que se hace portador de un sentido finito. El límite es el único lugar desde el cual el lenguaje acaricia lo indescriptible, y desde el cual el pensamiento puede, en una intuición momentánea, tocar el cuerpo, dejándolo en lo que es, pura alteridad.

La *excripción* transporta a un discurso *a-céfalo* y *a-fálico*:

Platón quiere que un discurso tenga el cuerpo bien formado de un gran animal, con cabeza, vientre y cola. Para nosotros el discurso sin cabo ni cola es un sinsentido; siempre nos dirigimos al sentido y más allá de eso somos obligados a ceder. El cuerpo allí donde se cede más allá del sentido, y esto no es “sin sentido” en cuanto absurdo, pero indica que se trata de un sentido que ninguna figura del sentido conocida puede acercarse. Sentido que tiene sentido allí donde para el sentido está el límite. El discurso cuerpo no tiene ni cabo ni cola, porque nada hace de soporte a esta materia, (...) necesita otras categorías de fuerza y de pensamiento [...] (Bernárdez, 2007: 98).

La idea de cuerpo que brota es esa de *lugar de abertura del ser, lugar de existencia*. El lugar es un espacio abierto, indefinido, *a-céfalo* y *a-fálico*, *a-estructural*, que recoge la propia estructura por el pensamiento que cada vez lo piensa. La particularidad de un cuerpo es el de ser una exterioridad no pensable en sí misma, ni pensante, una otredad que pesa fuera del pensamiento y que lo compele a calibrar alrededor de sí misma el propio movimiento, porque más allá de él no hay nada. Así como la piel que nos envuelve es el umbral en el cual ocurre nuestra exposición al exterior, sobre el cual se enlazan y se cruzan las diferentes estesias, por medio de las cuales nos tocamos y entramos en contacto, el cuerpo es el ser aquí y ahora, es la *exposición* de la existencia, la superficie. Cada parte del cuerpo tiene en sí misma el valor de lugar de exposición del ser, sin algún *telos* externo. El cuerpo es la *exposición* finita de la existencia que en eso se vuelve *evidencia*. Si para Descartes la verdad del pensamiento es la única clara y disímil, para Nancy la verdad es la evidencia ostensible

aquí y ahora de este cuerpo, de esta materia, sin clasificaciones, en cada uno de sus zonas.

El conocimiento del, y por medio del, cuerpo nunca es entero y absoluto, sino modal y fraccionado, y la forma del discurso que mejor acarrea tal saber es la de un *Corpus*, precisamente, una cartografía, un elenco de las zonas del cuerpo que brinda un conjunto de acercamientos, revelando todo lo que puede ser para nuestra indagación sin programa ni prejuicio, de indicios. Lo que interesa en *Corpus* no es el todo orgánico, sino las partes desprendidas y sus posibles, en cuanto múltiples, relaciones. *Fragmentación, suspensión e interrupción*, acaecen en significativas características de dicho texto, porque cada parte tiene el mismo valor, y es un lugar de venida a la presencia del cuerpo, y por consecuencia del ser. *El proceso, el recorrido, la relación*, más que la consecuencia final, son situados en primer plano: la estructura hipertextual de *Corpus*, compendio de ontología corpórea, emerge con la conciencia de que no existe una verdad soberana, infinita y eterna, para comunicar, sino una verdad como evidencia accidental en cada aquí y cada ahora, así como con la voluntad de facilitar al propio lector la puntual libertad de adoptar una personal ruta de sentido.

La escritura social en el cuerpo

El proyecto de la modernidad rediseñó la significación del cuerpo, escribió de él, lo significó a trozos inertes, analizables, explorables, auscultables, diagnosticables, receptáculos de toda una serie de discursos anatómicos, médicos, fisiológicos, económicos, entre otros. Jean-Luc Nancy busca no escribir sobre o del cuerpo, sino que éste *excriba*, se toque, se convierta en significante, lo que crea la necesidad de introducir en lo social un nuevo sentido más-allá-del-sentido que de un nuevo léxico ontológico, social y político del cuerpo.

“El cuerpo ya no es el obstáculo que separa al pensamiento de sí mismo” (Deleuze, 1987: 34); esta aseveración de Gilles Deleuze reinstala al cuerpo en el territorio del pensamiento. Su facultad de metamorfosis y de vértigos interroga el régimen de signos y valores tanto en el terreno estético-artístico como en el médico-antropológico. La representación, como estrategia *escénica* del cuerpo, pone en cuestión

los automatismos psíquicos y sociales más habituales; de este modo, las manifestaciones del cuerpo, sus vibraciones, su anatomía como destino y su morfofisiología, las situaciones de posibilidad de los gestos, son aquellas que nos graban y otorgan no sólo de una posición ética, sino también, y esencialmente, estética en la constitución de nuestra subjetividad. La fuerza, la galanura, el arrojo o el júbilo no sólo responden a un modo ético, sino que originariamente son imágenes estéticas que suministran los cuerpos. El cuerpo, así deliberado, se asienta como comportamiento y gesto, como *ethos* y *pathos*.

Estas representaciones de la corporalidad ambicionan contradecir el arquetipo forjado por los medios de comunicación del ideal excluyente del cuerpo sano y joven, el cuerpo narcisista, y reivindicar esa parte maldita sometida a la temporalidad, al dolor, y en último extremo a la muerte.

Nancy explora, justamente, este cuerpo, en su morfología y organización, esto es, como un conjunto, como un *corpus*. Ahora bien, esta descripción de la suma de expresiones del cuerpo se despoja de las imágenes y el discurso del organismo desde los cuales ha sido descrito siempre, componiéndose así en un contra-discurso, en una crítica literaria-epistemológica. Esta forma de hacer hablar al cuerpo lo saca del horizonte bioteológico del organismo para cederlo al horizonte de la experiencia, lo cual significa dejar de pensar en un cuerpo regularizado sobre la base de un objetivo separada de sí mismo, ya sea que le trascienda o le anteceda. El cuerpo es una substancia dada a un pensamiento finito: “el cuerpo, la piel: todo el resto es literatura anatómica, fisiológica y médica. Músculos, tendones, nervios y huesos, humores, glándulas y órganos son ficciones cognitivas. Son formalismos funcionalistas. Mas la verdad es la piel” (Nancy, 2007: 32).

La aparición de las nuevas tecnologías no sólo está ajustando nuevas formas de subjetividad, sino también, y esto es lo más provocador, una *nueva carne*. El cuerpo ha dejado de ser algo natural. Se expanden los implantes y los injertos en un rediseño exaltado del cuerpo, subordinado ya no sólo a la auscultación, sino a su hibridación, segmentación e incluso a su vaciamiento. El cuerpo ya no sólo es designado socialmente a través de los discursos sobre él, sino que es tocado y trastocado por el moldeo que hace de las representaciones dominantes que significan al cuerpo. El cuerpo, la piel son el papel donde la sociedad escribe sus discursos.

El cuerpo engulle alimentos elaborados agrotecnológicamente; se somete a trasplantes, admite prótesis esbozadas para servirle de extensión. La morfología y la anatomía se hallan en la consola de disección de la biotecnología, que trabaja a partir del desfallecimiento del material humano, de la deriva identitaria de los cuerpos. El hombre que ha dejado de ser humano, para penetrarse en una condición *posthumana*, el trasplantado, el *cyborg*, el androide, se vislumbra como producto de la cópula animal-máquina; de partes, injertos, incrustaciones, prótesis e implantes en los límites entre lo natural y lo artificial.

Al menos desde la época de Descartes la humanidad moderna hizo del voto de supervivencia y de inmortalidad un elemento en un programa general de dominio y posesión de la naturaleza. Programó de este modo una ajenidad creciente de la naturaleza. Reavivó la ajenidad absoluta del doble enigma de la mortalidad y la inmortalidad. Elevó lo que representaban las religiones a la potencia de una técnica que empuja más lejos el final en todos los sentidos de la expresión: al prolongar el plazo, despliega una ausencia de fin. ¿Qué vida prolongar, con qué finalidad? Diferir la muerte es también exhibirla, subrayarla (Nancy, 2006: 15).

Operando desde las imágenes la desestabilización del cuerpo como un híbrido difícil de precisar, estas operaciones teóricas develan al sujeto contemporáneo en su radical alteridad, en el límite de no ser ya él mismo, de estar ya desposeído de sí, sin intimidad posible, totalmente expuesto en la sociedad del espectáculo, volcado hacia las formas de la exterioridad. “Un corazón que late a medias es sólo a medias mi corazón”, escribe en un momento.

Se sale desorientado de la aventura. Uno ya no se reconoce: pero *reconocer* no tiene ahora sentido. Uno no tarda en ser una mera fluctuación, una suspensión de *ajenidad* entre estados mal identificados, dolores, impotencias, desfallecimientos. La relación consigo mismo se convierte en un problema, una dificultad o una opacidad: se da a través del mal o del miedo, ya no hay nada inmediato, y las mediaciones cansan (Nancy, 2006: 18).

Conclusiones finales

La cavilación sobre el cuerpo es así una clave hermenéutica para leer el momento *posthumano*. El tema del cuerpo nos traslada a posiciones filosóficas, artísticas, científicas y tecnológicas halladas donde intentan predominar intereses económicos coligados a la nueva industria de la ingeniería genética y las prácticas biotecnológicas a ella asociadas. El uso y abuso de la imagen del cuerpo en la publicidad, el arte, la prensa

y el cine aumenta el desvelo ante un cuerpo humano que sabe en constante reestructuración y rehechura, escindido entre lo natural y lo artificial.

El cuerpo pierde entonces sus dimensiones, su capacidad representativa para ajustarse indiferenciadamente con nuevas máquinas y nuevas sustancias (psicotrópicas) transfigurándose en un híbrido biológico-químico, proporcionando la posibilidad de especular en un cuerpo fraccionado, en un cuerpo cuyos órganos se hayan soberanos, en lo que Deleuze y Guattari llamaron un *Cuerpo Sin Órganos* (Deleuze y Guattari, 1995).

La veracidad del sujeto es “su exterioridad y su excesividad: su exposición infinita” (Nancy, 2006: 19), el cuerpo echado hacia fuera. A partir de esto se desata una iatrofilosofía: No hay enfermedades o, si se quiere, no tenemos enfermedades, lo que hay son enfermos.

Soy la enfermedad y la medicina, soy la célula cancerosa y el órgano trasplantado, soy los agentes inmunodepresores y sus paliativos, soy los ganchos de hilo de acero que me sostienen el esternón y soy ese sitio de inyección cosido permanentemente bajo la clavícula, así como ya era, por otra parte, esos clavos en la cadera y esa placa en la ingle (Nancy, 2006: 19).

Aquí se puede insinuar que esta idea se cimienta alrededor del discurso de Derrida sobre la Diferencia: la diferencia entre el pensamiento y el cuerpo, entre forma y contenido. *Corpus* exhibe un concepto de cuerpo que se confronta a la concepción platónica del cuerpo como prisión o receptáculo del alma. La idea e imagen de un contenedor da paso a una metáfora de la deconstrucción orgánica, en este caso del texto, a través de la cual Nancy no desea escribir del o sobre el cuerpo, sino pretende escribir e inscribir el cuerpo, *excribirlo*. *Excribir* el cuerpo representa producir inscripciones sobre él, tocarlo y esculpirlo con el pensamiento, desplegar una *somatografía*, para hacer que el cuerpo mismo sea leído.

Es un intento de comunicar el cuerpo sin significarlo, de moldear el texto persiguiendo las formas de la carne. La escritura apropiada del cuerpo se posiciona sobre la frontera que aparta el pensamiento desde el cuerpo, del cual el lenguaje toca su indecible alteridad. Más que en la escritura, en su límite:

La escritura tiene su lugar en el límite (...). A la escritura le corresponde sólo tocar al cuerpo con lo incorpóreo del sentido y de convertir, entonces, lo incorpóreo en tocante y el sentido en un toque (...). La escritura llega a los cuerpos según el límite absoluto que separa el sentido de ella, de la piel y los nervios de ellos. Nada pasa, y es exactamente allí que se toca (Nancy: 2003a: 61).

Por eso quizá escribe Nancy en *El olvido de la filosofía* (Nancy, 2003b): “Nosotros somos el sentido”, explicando allí cómo el reino del significar, con su consustancial síntesis de lo inteligible y lo sensible funcionando en toda la historia de Occidente, ha llegado a su agotamiento; hoy el sentido salta sobre la clausura del significar y sitúa al pensamiento en el límite de un sentido sin significado. La experiencia del sentido y de la libertad se *escribe* con el cuerpo o, más bien habría que decir, el cuerpo es la libertad, escribiéndose en tanto se concede a lo que esparce desde fuera su identidad. La aspiración de una indagación de un nuevo pensamiento de la libertad (Nancy, 1996), que respetara la libertad hasta el punto de despojar su pensamiento o su acción a toda idea, puesto que la idea es la plantilla de la identidad inmutable, se reactiva quizá de un modo novedoso en esta filosofía del cuerpo y del ser como comunicación.

La nueva ontología, la nueva relación entre ser y esencia instaurada por aquélla, es decir, la muerte de la esencia, el descubrimiento de la no-esencia, o de la esencia como existencia, llevará a cambiar los términos de la relación de lo que hasta ahora ha estado flanqueado al lado de la una y de la otra, y a apuntar la atención sobre la relación en cuanto categoría ontológica. Intentar mirar diferentemente la relación entre ser y esencia, que se ve reducirse a la relación entre ser y existencia, comporta también una nueva visión de la relación entre ser y cuerpo.

Nueva ontología, nueva escritura-*excritura*. Cuerpos que hablan, se manifiestan exponen, traen-ahí-delante su voz ante los discursos sociales que quedan marcados como huellas el él y que se manifiestan a través de la piel. La necesidad y la dificultad de superar la Metafísica comporta notables dificultades lingüísticas. Delante de lo nuevo, la lengua viene a menos: carencia de palabras para expresar los nuevos conceptos y necesidad de crear un nuevo léxico. Nancy intenta de dar una conclusión a lo que empezó Heidegger y prosiguieron Derrida, Deleuze y Lacan: intenta dar un nuevo lenguaje a la nueva ontología empezando por la crítica de la representación, misma que es construida y reproducida a través de los discursos que se escriben sobre el cuerpo desde lo social y buscan que el cuerpo se convierta en significante y se exprese a través de la *excritura*.

Bibliografía

Bernárdez, A. (2007), *Espacio expresivo y cuerpo extremo: una experiencia del límite*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

Deleuze, G. (1987), *Imagen-tiempo. Estudios sobre cine 2*. Barcelona, Paidós.

Deleuze, G. y F. Guattari (1995), *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós.

Derrida, J. (1989), *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos.

Esposito, R. (1996), “Libertad en común” en Jean-Luc Nancy. *La experiencia de la libertad*. Barcelona, Paidós.

Heidegger, M. (2005), *Ser y tiempo*. México, Fondo de Cultura Económica.

Nancy, J. L. (2003a), *Corpus*. Madrid, Arena.

- (2007a), *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Buenos Aires, La Cebra.
- (2007b), *Ego sum*. Barcelona, Anthropos.
- (2006), *El intruso*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (2003b), *El olvido de la filosofía*. Madrid, Arena.
- (1996), *La experiencia de la libertad*. Barcelona, Paidós.
- (2002), *Un pensamiento finito*. Barcelona, Anthropos.

Vattimo, G. (1989), “Derrida y el otro pensamiento de la Metafísica”, introducción a Jacques Derrida. *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos.